

Sumario:

En el contexto del Jubileo, el autor examina la situación de las Universidades, caracterizadas por complejos procesos de expansión, diferenciación, heterogeneidad y estratificación que plantean serios interrogantes acerca de la calidad, equidad y eficiencia de los sistemas universitarios. Subraya, luego, tres rasgos que, en el horizonte del imaginario cultural de nuestro tiempo, pueden considerarse signos de un "nuevo humanismo": una búsqueda incesante y tesonera del ser humano por hacerse cargo de su existencia; el rescate de los sentimientos, las emociones, la corporalidad y la pasión humana; y la aguda conciencia de la diversidad y la pluralidad unida a la percepción de pertenecer a una comunidad mundial, diferenciada y compleja. El autor concluye con algunas pistas para el discernimiento, a la luz de la Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae.

La Universidad para un nuevo humanismo

Francisco López Fernández

*Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Alberto Hurtado - Chile*

Para contribuir a la reflexión acerca del servicio de la Universidad al florecimiento de un nuevo humanismo, en el marco del Congreso de Académicos convocado por el Papa Juan Pablo II, quiero detenerme en los tres aspectos (“Universidad”, “nuevo humanismo”, “servicio”) involucrados en el título del tema que se nos ha propuesto.

De acuerdo con esto, pienso que es conveniente: i) comenzar por recordar, muy brevemente, el estado de situación de la Universidad en nuestra región ya que, dado lo crítico de dicha situación, una dimensión fundamental de nuestro servicio es contribuir a su solución de modo que nuestras universidades sean antes que nada: universidades; ii) en segundo lugar, quiero subrayar tres rasgos que, en el horizonte del imaginario cultural de nuestro tiempo, pueden considerarse signos de un “nuevo humanismo” y iii) finalmente, deseo proponer a la reflexión tres puntos para el discernimiento de nuestro servicio universitario tomando como marco de referencia la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*.

1. Situación de la Institución Universitaria actual

La pregunta por el servicio de la Universidad a un nuevo humanismo se plantea en un contexto marcadamente crítico para la institucionalidad universitaria tanto en Chile como en América Latina¹. Hay un consenso entre los analistas en señalar que el presente de la Universidad está tensionado por un conjunto no planificado de procesos de *expansión*, de *diferenciación*, de *heterogeneidad* y de *estratificación* que plantean serias interrogantes acerca de la *calidad*, la *equidad* y la *eficiencia* de nuestros sistemas universitarios.

1. En lo que sigue me fundamento en los trabajos recopilados por KENT, R., “Los temas críticos de la educación superior en América Latina. Estudios comparativos”, FCE, México, 1996 y en VASQUEZ, Alberto (Coord.), “Reflexiones para un modelo educativo ignaciano”, ITESO, México, 1998.

- 1.1. Lo primero que salta a la vista es la sostenida y rápida *expansión*, tanto de la matrícula como del cuerpo docente, una expansión asociada, en el ámbito de la educación pública, con un gasto global decreciente por alumno y con bajos niveles de remuneración de los académicos². Ello ha sido uno de los motivos para que el sector privado haya crecido substancialmente. El precio que se ha debido pagar, sin embargo, es el aumento de la dependencia del quehacer universitario respecto de las fundaciones internacionales y de las grandes empresas³. Esta situación está obligando a replantear el antiguo y controvertido tema de la "autonomía universitaria" esta vez ya no sólo respecto del Estado y del campo de los intereses políticos sino también respecto del mercado y del ámbito de los de los intereses privados.

Esta expansión incontrolada ha ido acompañada, por lo general, de un deterioro en el desarrollo de *la profesión académica* y de la *actividad de investigación* en el sistema universitario⁴. En realidad, sólo una minoría de académicos, pertenecientes a instituciones

-
2. De 330 mil matriculados en 1950 hemos pasado a más de 7 millones y medio de estudiantes post-secundarios en la actualidad. El número de docentes, por su parte, se ha multiplicado 28 veces, pasando de 25 mil en 1959 a cerca de 700 mil en 1994. Esto significa que, en los últimos 10 años, América Latina ha debido incorporar al círculo académico, en promedio, mil 800 nuevos docentes al mes. Esto contrasta con la estrechez y debilidad de los programas de Post – Grado y con la escasa disponibilidad de recursos para financiar esa expansión. En 1950 había 75 instituciones de educación superior, de las cuales alrededor de 70 eran Universidades. Hoy hay cerca de 4 mil instituciones post –secundarias de las cuales unas 600 son Universidades. Estas concentran el 70% de alumnos. De esas 600 Universidades, casi el 60% son privadas; su matrícula supera hoy el 30% de la matrícula total. (Ver CINDA, Política y gestión universitaria, Santiago, 1994; UNESCO, Anuario Estadístico, 1991; BRUNNER, J.J., Educación Superior en América Latina: cambios y desafíos, FCE., Santiago, 1990).
3. Véase BRUNNER, J.J., "*Estudio comparado sobre financiamiento de la educación superior en seis países de América Latina: Estado actual, tendencias e innovaciones*" (procesado); CEPAL-UNESCO, Educación y conocimiento: Eje de la transformación productiva con equidad, Santiago, Naciones Unidas, 12992; CEPAL, Balance preliminar de la economía de América Latina y el Caribe, *Notas sobre la economía y el desarrollo*, ns.500/501, CEPAL, Santiago 1990.
4. Véase para el caso de Brasil el trabajo de SCHWARTZMAN, S., "*Brazil: Opportunity and Crisis in Higher Education*" en *Higer Education*, n.17, 1988; para el caso México: KENT, R., *Modernización conservadora y crisis académica en la UNAM, Nueva Imagen*, México, 1990; GIL ANTON, M. et al., *Académicos: un botón de muestra*, UAM A<capotzalco, México, 1992; para el caso de Chile: BRUNNER, E.J. Y FLISFLICH, A., *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, FLACSO, Santiago de Chile, 1983.

públicas y privadas de prestigio, entre las que se encuentran algunas Universidades católicas, son los que se pueden desempeñar como docentes e investigadores simultáneamente. Sólo unos pocos pueden aspirar a vivir del trabajo universitario, a percibir remuneraciones competitivas en el mercado, a gozar de buenas condiciones laborales y, por tanto, a formar parte de las redes de intercambio y de publicaciones. En esta situación, interrogarnos sobre nuestro servicio universitario a un nuevo humanismo implica la ardua tarea de resignificar la actividad académica y la práctica de la investigación como centro de la vida universitaria.

- 1.2. Un segundo fenómeno sobre el que los diversos estudios realizados muestran acuerdo es el de la creciente y sostenida **diferenciación, heterogeneidad y estratificación** del sistema de educación superior en general y del universitario, en particular. Existe una doble diferenciación⁵: a) una *horizontal* que opera mediante la generación de nuevas unidades al interior de la institución (Departamentos, Escuelas, Institutos, Centros, etc.) o mediante la agregación de unidades nuevas dentro del sistema de educación post – secundaria (nuevas instituciones o nuevos sectores institucionales); b) una diferenciación *vertical* que opera por generación de nuevos niveles intrainstitucionales (Maestrías, Doctorados, Post –doctorados) o por la creación de nuevos niveles dentro del sistema educativo (niveles inferiores de instituciones no – universitarias de educación superior).

En América Latina ha sucedido de todo, con dispar intensidad según los países y según las instituciones⁶ y en gran medida como estrategia de financiamiento y de transferencia de gastos hacia los particulares reforzando así la tendencia internacional creciente hacia la privatización de la educación superior⁷. En

5. CLARCK, B., *The Higher Education System. Academic Organization In Cross-National Perspective*, University of California Pres, 1983.
6. En Brasil, por ejemplo, entre los años 80 y 85, se crearon alrededor de 4 mil 200 cursos de educación superior. En México, las universidades públicas ofrecieron mil 390 carreras; los Institutos Tecnológicos públicos 654 y las instituciones privadas en conjunto, mil 250. –Véase SCHWARTZMAN, S., *Latin America Higher Education in a Lost Decade*” citado por BRUNNER, J.J. op. cit. (1996); KENT; R., *Expansión y diferenciación del sistema de educación superior en México 1960 – 1990*, (manuscrito), DIE- Cinvesta –IPN, México, 1991.

este contexto, construir universidad significa, velar por un desarrollo institucional orgánico; por la coherencia entre nuestra oferta educativa y nuestra misión universitaria declarada; por una voluntad decidida de vigilar la calidad y rigurosidad de los procesos de enseñanza – aprendizaje; etc.

- 1.3 En tercer lugar, existe un relativo consenso en señalar que las relaciones del sistema universitario con el **Estado**, con la **sociedad** y con los **mercados laborales** se han vuelto complejas y, con frecuencia, frustrantes. El anterior vínculo, por ejemplo, de las universidades públicas con el Estado, donde éste las financiaba y ellas desarrollaban con autonomía un servicio de bien social, ha pasado a ser sustituido por un vínculo confuso y contradictorio que la más de las veces genera conflictos y tensión. Es así cómo las Universidades públicas parecen haber perdido su antiguo sentido de misión y su rol se ha vuelto más difuso y difícil de definir. Esto, en muchos casos, ha beneficiado a las Universidades privadas y las ha convertido en un polo de atracción para académicos y estudiantes⁸. Sin embargo, esta situación pone a estas universidades ante el desafío de articular con coherencia y rigurosidad: la propia misión, su servicio al bien común y los requerimientos del mercado⁹.

No es de extrañar, pues, que nuestras universidades se encuentren insertas en un clima de **malestar**. Hoy día, la institución universitaria, después de haber sido considerada como la institución cultural más prestigiosa comienza a ser mirada con sospecha cuando no, aunque sea duro afirmarlo, con un cierto desprecio.

-
7. GEIGER, R., *Private Sectors in Higher Education: Structure, Function and Change in Eighth Countries*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1986.
8. Las Universidades públicas han requerido y requieren un esfuerzo extraordinario del Estado. Este esfuerzo, debido tanto a los niveles alcanzados en el gasto fiscal para la educación superior como a los enfoques y modelos de desarrollo prevalentes en la mayoría de los países de la región, parece haber llegado a un límite difícil de superar cuando no se observa una abierta tendencia a la disminución. Por otro lado, los gobiernos encuentran cada día mayores dificultades para justificar desembolsos dirigidos a unas pocas universidades o en beneficio sólo de una parte de los estudiantes. Esto también afecta, como hemos señalado más arriba, a las universidades católicas allí donde éstas reciben financiamiento estatal.
9. En lo referente a las nuevas relaciones entre Universidad y sociedad ver el artículo de VASQUEZ, Alberto, *Universidad y Sociedad: planeación y reforma*, Guadalajara, noviembre de 1997, en procesador de textos.

Hay a lo menos tres ámbitos de queja y malestar: a) el de la desigual **calidad** de los procesos y productos docentes; b) el de la reducida **equidad** de acceso, tratamiento y resultados; c) el de la baja **eficiencia** en la gestión de algunas instituciones. A esto se suma una cierta percepción generalizada de ausencia de **políticas** dirigidas a crear un contexto que incentive calidad, equidad y eficiencia de operación.

Existe la percepción de un deterioro de **la calidad educativa**¹⁰, tanto pública como privada, que unos achacan a la masificación del ingreso y a las bajas barreras selectivas y que otros atribuyen a la reducción de los recursos destinados al sector. Lo cierto es que los *estudiantes* se quejan de una formación despegada de sus necesidades; los académicos dedicados a la investigación y a los programas de postgrado se revelan contra una enseñanza de pregrado que consideran mediocre; los *docentes* de carreras tradicionales no ven con buenos ojos la proliferación de carreras y de títulos orientados a responder la demanda de los mercados; *los empresarios* y los *usuarios de los servicios* profesionales suelen estar insatisfechos con los nuevos egresados.

Por otra parte, se multiplican las preguntas sobre **la equidad** con que opera el sistema universitario. Sin lugar a dudas la masificación del acceso a la Universidad ha traído consigo un incremento de oportunidades que favorecen a las mujeres, a los jóvenes que viven fuera de nuestras capitales y de las grandes concentraciones urbanas, a los hijos de las familias de estratos medios e incluso a una capa de jóvenes de los sectores populares. Sin embargo, siguen siendo los hijos de los grupos con mayores ingresos lo que continúan beneficiándose del subsidio a la educación gratuita¹¹.

- 10 Ver SCHWARTZMAN, S., *“La calidad de la educación superior en América Latina”* en ICFES, Calidad, eficiencia y equidad en la educación superior colombiana, vol. 1, ICFES, Bogotá, 1990.
11. BRUNNER, J.J., señala que en Colombia el grupo correspondiente al 20% de ingresos más altos aprovechaba el 60% del subsidio público a la educación superior, en la década del 80. En la misma época, en Chile el grupo correspondiente al 30% de ingresos más altos aprovechaba el 61 de dicho subsidio. El 40% más pobre sólo utilizaba el 6% y el 15% respectivamente. Art. cit. (1996) P.130, NOTA 18.

Finalmente, aumentan las interrogantes acerca de la eficiencia del sistema. En casi todos los países de la región se apunta críticamente, por ejemplo, a las altas tasas de deserción y de repetición así como a los prolongados tiempos requeridos para que los estudiantes se gradúen. También suele indicarse que la productividad del trabajo docente y de investigación es baja, que no hay incentivos suficientes para su mejoría y que en muchas universidades hay un exceso de personal dedicado a tareas burocráticas en comparación con los que ejercen la función docente¹².

Es en este horizonte problemático que emerge la pregunta por el servicio de la Universidad a la configuración de un nuevo humanismo. Una primera tarea será, sin lugar a dudas, trabajar incesantemente por hacer de nuestras Universidades, verdaderas universidades. Aunque esto parezca de perogrullo no lo es así, si prestamos atención a la situación institucional a que hemos aludido, y, en la cual, estamos llamados no sólo a ser parte del problema sino también actores decididos de su solución.

2. Algunos trazos del humanismo emergente

Junto a las tareas necesarias y urgentes para contribuir a resolver los problemas que tenemos planteados en cuanto partes constitutivas del sistema institucional de educación superior, tenemos por delante otra tarea no menos fundamental que se refiere a una dimensión básica del quehacer universitario: *contribuir a la formación integral de hombres y mujeres libres, adultos y responsables, capaces de vivir y actuar solidariamente en una sociedad en permanente cambio.*

12 REIMERS, F., "The Feasibility of Introducing Loan Schemes to Finance Higher Education in Latin America. The Case of Venezuela", Informe al BID, 1991 señala que, en Venezuela, por ejemplo, si se considera el promedio de alumnos matriculados en las instituciones subsidiadas durante los últimos cinco años y el promedio de egresados de los últimos tres años, la Institución mejor calificada requiere de 9.1 año/estudiante para producir un graduado mientras que la peor ubicada en la escala requiere de 28.6 años. Por su parte, DELICH, F., La inversión de la Universidad, t. 2, Edit. Universitaria de Córdoba, Argentina, 1990, señala que en algunas universidades Argentina los sueldos de administración duplican los sueldos de docencia.

Esta tarea nos sitúa de lleno ante el amplio horizonte de las transformaciones culturales del que formamos parte. La Comisión Pontificia para la Cultura, en un documento reciente, nos ha recordado precisamente que la “presencia de la Iglesia en la Universidad y la cultura universitaria (24) con las iniciativas concretas capaces de hacer eficaz esta presencia, requieren un discernimiento exigente y un esfuerzo incesantemente renovado para promover una cultura cristiana nutrida con los mejores logros de todos los campos de la actividad universitaria”¹³.

En efecto, las condiciones de vida del hombre moderno en estos últimos decenios del siglo se han transformado de tal modo que el Concilio Vaticano II no dudaba, hace ya más de 30 años en hablar de “*una nueva era de la historia de la humanidad*”¹⁴. La Iglesia nos invita a vivir este tiempo como *kairós*, es decir como *un tiempo favorable* para una renovada verificación del acontecer vivificador de Dios en Jesucristo; tiempo en el que “*los nuevos rasgos de la cultura constituyen otros tantos desafíos y puntos de apoyo*”¹⁵. En esta perspectiva, hay tres rasgos que deseo subrayar ya que los considero trazos de una nueva sensibilidad respecto del ser humano; trazos ambivalentes de un “nuevo humanismo” con extensiones en diversos ámbitos de la vida humana.

- 2.1. El primer rasgo que distingo es una **búsqueda incesante y tesonera del ser humano por hacerse cargo de su existencia**. Se trata de una vieja promesa de emancipación que hunde sus raíces en el movimiento cultural de la ilustración¹⁶. Podríamos decir que desde hace más de 200 años, sectores crecientes de la humanidad buscan incansablemente hacerse cargo de su propia existencia mediante el uso de la razón, de la capacidad de pensar y de decidir por sí mismo, mediante el dominio del mundo y de la vida a través del saber científico, del desarrollo tecnológico y del trabajo humano. Esa promesa y esa búsqueda, como toda

13. Consejo Pontificio de la Cultura, “Para una pastoral de la Cultura”. 4 de junio de 1999, n° 29.

14. Gaudium et Spes, n° 54.

15. Para una Pastoral de la Cultura, n° 7.

16. KANT, Immanuel, ¿Qué es la Ilustración?, 1784.

búsqueda del ser humano, están cruzadas por tensiones y desafíos propios de su radical ambigüedad. El mayor reto parece ser el de la articulación madura entre la autonomía plena de la razón humana y el reconocimiento ineludible de sus límites; tanto de los límites que le impone la objetividad misma del ser humano y de la naturaleza, como de los límites que provienen de la propia incapacidad de la razón para darse un fundamento absoluto. De este modo, articular autonomía racional y ofrenda de la razón; conquista y gratuidad; autonomía y obediencia es quizá el desafío más hondo de la razón moderna de cara a un nuevo humanismo.

- 2.2. Un segundo rasgo que podemos entrever es resultante, precisamente, de la crítica a los derroteros racionalistas y positivistas implícitos en el despliegue de la razón ilustrada y en la filosofía de la conciencia, en cuanto conciencia puramente racional, que le ha servido de fundamento. Dicha crítica hunde sus raíces en el movimiento romántico y en **el rescate de los sentimientos, las emociones, la corporalidad y la pasión humanas** como vectores de la conciencia y sustrato de la razón. Esta crítica, que en nuestros días ha sido retomada por la sensibilidad “post-moderna”, incorpora a la promesa emancipatoria ilustrada, aquello que ésta había negado, el ámbito de la voluntad, de la subjetividad, del inconsciente y del cuerpo. En una palabra, de todas aquellas dimensiones reprimidas por una razón unidimensional, focalizada en lo instrumental y en lo mensurable. Realce, pues, del sujeto y de los derechos de la subjetividad tanto en sus dimensiones individuales (desde la justa reivindicación de la persona como sujeto de derechos hasta la exacerbación de la subjetividad en diversas formas de narcisismo) como en sus dimensiones sociales (desde la voluntad democrática hasta el éxtasis del subjetivismo y el utilitarismo moral).

Sin embargo, simultáneamente, reencuentro con el misterio y con la dimensión ritual de la vida humana, apertura a la trascendencia y al sentido, reencantamiento religioso pluriforme.

- 2.3. Un tercer rasgo que apunta a una nueva sensibilidad humanista es el que tiene que ver con **la aguda conciencia de la diversidad y**

la pluralidad unida a la percepción de pertenecer a una comunidad **mundial, diferenciada y compleja**. En un horizonte donde el tiempo y el espacio ha sufrido hondas transformaciones, la humanidad junto con reconocerse cada día más intercomunicada e interactuante se reconoce también más diversa. Ello despierta los reclamos por las identidades particulares, por los derechos a la diferencia, junto a la exigencia de aceptación de la diversidad en un mundo cada día más sujeto a dinámicas de masificación y estandarización. Se trata de movimientos vividos como contradictorios, movimientos que despiertan la conciencia de los límites, la exigencia de flexibilidad y de capacidad de adaptación a entornos cambiantes así como la necesidad de reencuentro con los núcleos significativos de las tradiciones.

Estos rasgos y otros son los que, sin lugar a dudas, *“requieren un discernimiento exigente”* desde nuestra particular inserción universitaria, dada su inherente ambigüedad. Con esta intención quiero proponer tres puntos de reflexión a partir de la Constitución Apostólica de Juan Pablo II, *Ex Corde Ecclesiae*, sobre las Universidades Católicas¹⁷.

3. Universidad y servicio a un nuevo humanismo

En ella, al reflexionar acerca de la identidad y misión de nuestras Universidades, Juan Pablo II menciona cuatro puntos que considero relevantes para lo que nos preocupa. “En una Universidad Católica la investigación abarca necesariamente: a) la consecución de *una integración del saber*; b) *el diálogo entre fe y razón*, c) *una perspectiva teológica*”¹⁸. Estos tres aspectos son particularmente relevantes al discernir nuestro servicio como Universidad a un nuevo humanismo.

17. JUAN PABLO II, Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* sobre las Universidades Católicas, Ciudad del Vaticano, 1990, Ver CODINA, Gabriel, SJ., “Los elementos constitutivos del modelo universitario de inspiración ignaciana”, en VASQUEZ, Alberto (coord.), op.cit., particularmente pp. 106-111.

18. Op. Cit. n. 15

- 3.1. En primer lugar, *“la consecución de una integración del saber”* apunta a la necesidad de superar, en nuestro servicio universitario, en forma seria y rigurosa, la tendencia predominante a la *actual fragmentación de los saberes*.

Para nadie es un secreto que nos encontramos en un profundo cambio tanto de las claves hermenéuticas con que hemos venido trabajando en la lectura e interpretación de los fenómenos, como de las herramientas que ellas hacen posible para intervenir sobre la realidad. Hacia fines de segundo milenio existe un significativo consenso acerca de que nos hallamos en los umbrales de una nueva época¹⁹. Todo parece indicar que estamos no sólo ante un cambio de los sistemas de convivencia tanto a escala nacional como internacional, sino ante la emergencia de una nueva época, de una nueva racionalidad y, por tanto, de una nueva agenda de conversaciones, de debates y de acción²⁰.

Esta situación trae consigo frecuentemente al interior de nuestras Universidades, el cuestionamiento del orden de certezas en función del saber en un “collage” de saberes, y la emergencia, con fuerza y extensión humanas sino también acerca de la orientación y del significado de la vida y de la acción humanas sino también acerca de la orientación de las diversas disciplinas. La preeminencia que han adquirido los debates en el amplio campo de la ética, o aquellos referidos al ámbito de la cultura, por ejemplo, se inscriben precisamente en este horizonte de cambio epocal²¹.

Se trata de un fenómeno que progresivamente se ha mundializado y que ha adquirido un carácter integral. Aunque sus orígenes nos sean en gran medida exteriores, sin embargo, el fenómeno está entre nosotros y nuestro pensar y vivir cotidianos se encuentran incorporados a él con las tensiones y contradicciones inevitables en estos procesos de largo alcance. Todavía no poseemos categorías adecuadas

-
19. LOPEZ, F., “en ARROYO G. Et al., Por los caminos de América, Paulinas, Santiago de Chile, 1990.
20. BEVERLY, J., y OVIEDO, J., The Postmodernism Debate in Latin America, Duke University Press, 1993.
21. LARRAIN, J., Modernidad. Razón e identidad en América Latina, Andres Bello, Santiago de Chile, 1995.

para nombrar lo que está naciendo. Los prefijos “neo” y “post”, utilizados para caracterizar este fin de siglo, (neo-liberalismo, post-modernidad, neo-conservadurismo, sociedad post-industrial, post-guerra fría, etc.) son una señal clara de nuestra impotencia interpretativa.

Sin embargo, en los últimos 25 o 30 años, encontramos tanto en los países industrializados como entre nosotros, varias señales de este cambio en una multiplicidad de hechos y tendencias en ámbitos muy diversos de la vida y la convivencia humanas. En el cine y en la pintura, en la literatura, en la música; en las ciencias físico - matemáticas y en la biología, en la ética y en el pensar teológico se han sucedido debates, corrientes de pensamiento, movimientos culturales que de una u otra forma están apuntando no sólo a un cierto malestar sino también a la búsqueda de nuevas formas del ejercicio de la razón²².

Esta incertidumbre, que en muchos casos es fruto de una fragmentación entre lógica y existencia, va acompañada, paradójicamente, de una gran confianza en la capacidad humana para reorientar la acción encontrar rumbos más adecuados para resolver los problemas que tenemos planteados. El siglo XX concluye con una conciencia relativamente generalizada de que es posible tomar nuestro destino en las propias manos y de que poseemos como humanidad el conocimiento, los recursos y el saber hacer necesarios para producir una convivencia humana de mejor calidad.

La Universidad tiene en este horizonte un primer servicio que prestar: el de contribuir con seriedad, rigurosidad y la mayor calidad posible a los esfuerzos por tratar de ver, más y mejor. Como señalara Theillard de Chardin, en el prólogo a *El Fenómeno Humano*: “*Ser más es unirse más y más...sin embargo...la unidad no se engrandece más que sustentada por un acrecentamiento de conciencia; es decir, de visión... La historia del mundo viviente consiste en la elaboración de unos ojos cada vez más perfectos en el seno de un Cosmos, en el cual es posible discernir cada vez con más claridad*”²³. Toda nuestra vida consiste en aprender a ver y aprender a discernir.

22. ECHEVERRÍA, E., *El búho de Minerva*, Dolmen, Santiago de Chile, 1994.

23. THEILLARD DE CHARDIN, P., *El fenómeno humano* Taurus, Madrid, 1974, 17.

Contribuir a *ver y hacer ver* implica asumir tanto el *incremento* del saber como la creciente *especialización* del conocimiento en el seno de cada disciplina promoviendo y facilitando la intercomunicación, el estudio multidisciplinar y el reconocimiento de la transdisciplinariedad de los fenómenos. Dicha tarea implica resignificar nuestra tarea universitaria como comunidad creadora y sostenedora de cultura poniendo en el centro al *sujeto humano* postergado por cierta modernidad²⁴.

Sólo ganando el horizonte antropológico propio del saber y del existir será posible avanzar en búsqueda de esa "*superior síntesis del saber*" de la que nos habla la Constitución Apostólica. De allí la importancia de la mediación filosófica en nuestra tarea investigación. En este horizonte, "*la vital interacción de los ...distintos niveles de conocimiento de la única verdad*, señala la Constitución Apostólica, *conduce a un amor mayor a la verdad misma y contribuye a una mejor comprensión de la vida humana y del fin de la creación*"²⁵.

3.2. Esto me lleva a otros dos aspectos señalados por el texto: "**el diálogo fe y razón**" y la "**perspectiva teológica**" como servicios universitarios. En efecto, la búsqueda de un saber integrado descansa en la apuesta de que la verdad es una promesa en pos de la cual peregrina todo esfuerzo del conocimiento humano²⁶ "*En el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio y, consiguientemente, por la fe en Cristo - Logos, como centro de la creación y de la historia*"²⁷ esta incesante búsqueda de articulación racional de la pluralidad de lecturas tiene su garantía en el reconocimiento de que dicha promesa tiene un fundamento personal y absoluto. En dicho fundamento, que no es otro que Dios mismo, descansa la certeza de que la belleza y el gozo de la verdad son posibles.

Ayudar a *ver* y a *hacer ver* para discernir mejor nuestro futuro humano desafía nuestra capacidad de articular pertinentemente, en

24. BAZDRECH, M., "Propuestas para la acción universitaria" en VASQUEZ, Alberto (coord.), op. Cit, pp. 259-272.

25. Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae, op. Cit. Nº 17.

26. LADRIERE, J., "Theologie et Modernité" en Revue Theologique de Louvain, 27, 1996.

27. op. Cit. Nº 16.

un horizonte de sentido, modalidades de ejercicio de la razón que históricamente han seguido senderos paralelos: los caminos de las ciencias y los caminos de la actividad racional que busca dar cuenta del acontecimiento de Dios en Jesús, es decir, la racionalidad teológica.

*“La teología desempeña un papel particularmente importante en la búsqueda de una síntesis del saber, como también en el diálogo entre fe y razón”*²⁸ nos señala la Constitución Apostólica. Ello nos plantea la necesidad de pensar a fondo el lugar y la función del pensar teológico en el seno de nuestras universidades, su renovación de cara a las transformaciones culturales en curso, su capacidad de diálogo con las diversas disciplinas universitarias, su presencia en los debates públicos y su capacidad de interlocución con las diversas culturas del país.

El hecho de ser discípulos de Jesús introduce en el ejercicio del oficio intelectual un renovado dinamismo potenciador que no anula en absoluto el desarrollo de la razón y la autonomía específica de la razón sino que, por el contrario, radicaliza su ejercicio. De esta radicalidad están llamadas a ser testigos, ciertamente, tanto la Universidad como los académicos y universitarios cristianos que se desempeñan en ella.

El cristianismo es, antes que nada, *el anuncio de un acontecimiento gratuito*, de algo sucedido *en* la historia y *a* la historia, por total iniciativa divina a favor del hombre y de la creación: Dios ha reconciliado a la humanidad y a la creación entera consigo mismo rescatándonos del sin sentido, cuyo horizonte es la muerte, y del egoísmo que es fuente primordial de deshumanización. Por lo mismo el cristianismo junto con ser *anuncio* es también un *llamado*; llamado a apropiarse libre y responsablemente el fruto de ese acontecimiento. De ello es testigo la comunidad eclesial. Ese “saber” gratuitamente recibido y gratuitamente acogido, fecunda el ejercicio de la razón interpretativa con el germen de la mirada positiva, responsablemente esperanzada respecto del hombre, del mundo, de la historia y de la convivencia humanas.

28. Ibid. Nº 18.

Para quienes ejercemos el oficio de universitarios como miembros de la comunidad de discípulos de Jesús esta tarea es particularmente desafiante. En efecto, en tiempos de discernimiento colectivo acerca de cómo orientar nuestra convivencia humana lo que hemos aprendido del Señor Jesús acerca de nosotros mismos como personas, acerca del mundo y acerca de nuestra convivencia puede ser muy fecundo para cooperar, junto a otros, en orientar las opciones y decisiones a las que está enfrentada nuestra condición de hombres y mujeres libres en la dirección de una mayor y más plena humanización.

Finalmente, la necesidad de una seria formación teológica se impone hoy con un vigor acentuado, teniendo en cuenta los nuevos desafíos que surgen. Estos que van desde la indiferencia religiosa a las diversas formas de racionalismo agnóstico pasando por fideísmos de diverso signo. El conocimiento profundo de los "datos de la fe" es indispensable. Sin lugar a dudas lo es para una genuina evangelización. El conocimiento de orden intelectual, interiorizado en la oración y en la liturgia es condición de una fe asumida personal e inteligentemente, para poder ser testigos de la persona y del mensaje de Jesús en mundo plural. Por otra parte, es un contexto cultural marcado por corrientes deístas y fundamentalistas, una adecuada formación teológica es, sin lugar a dudas, el mejor medio para afrontar este peligro que amenaza tanto a la auténtica piedad popular como a la cultura de nuestro tiempo.

- 3.3. En tercer lugar, la Constitución Apostólica nos habla de la **"preocupación ética"** como vector del quehacer universitario. *"Puesto que el saber debe servir a la persona humana, en una Universidad Católica la investigación se debe realizar siempre preocupándose de las implicancias éticas y morales, inherentes tanto a los métodos como a los descubrimientos (...) Es esencial que nos convenzamos de la prioridad de lo ético sobre lo técnico, de la primacía de la persona humana sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la mentira. Solamente servirá a la causa del hombre si el saber está unido a la conciencia. Los hombres de ciencia ayudarán realmente a la humanidad si conservan "el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre"²⁹.*

29. Ibidem.

Estas palabras tienen entre nosotros un eco particular. En una región, como la de América Latina y el Caribe, con casi 200 millones de personas, es decir, con el 46% de su población en situación de pobreza y exclusión, de los cuales 94 millones (el 22%) viven en pobreza absoluta, la dimensión ética deja de ser una “preocupación” para convertirse en una dramática exigencia. El **servicio de la fe**, del que he hablado más arriba, es inseparable del esfuerzo académico e institucional a favor de **la promoción de la justicia en América Latina**.

Por ninguna parte asoma, en la región, la síntesis que se esperaba obtener entre integración material vía la redistribución de los beneficios del crecimiento económico y la integración social y cultural por vía de la política y de la educación. En nuestra particular forma de insertarnos en los procesos de globalización, donde las redes crecen junto con las brechas sociales, se nos plantean profundos desafíos tanto al pensar universitario como a nuestra capacidad institucional de interlocución pública y de intervención societal en cada uno de nuestros países. Esta situación ubica a la dimensión ética de nuestro quehacer universitario en una encrucijada de tensiones:

- a) En *lo político*, tensión entre la estandarización impuesta de las fórmulas de inserción en la globalidad y la esperanza nunca truncada de idear proyectos propios de futuro carácter nacional y regional. La problemática de los Derechos Humanos en toda su amplitud, las vicisitudes por construir una verdadera democracia participativa sustentable, institucional y culturalmente, la revisión crítica del denominado ideario neo-liberal en sus aspectos políticos, económicos y culturales son grandes áreas de problemas que debemos enfrentar como Universidades.
- b) En *lo económico*, tensión entre las dinámicas de racionalización competitiva para acceder con ventajas a un mundo globalizado y la necesidad de políticas de solidaridad societal que sirva de contrapeso a los efectos concentradores del mercado. ¿Cómo contribuir eficazmente a promover y facilitar, junto a otros, políticas de superación de la pobreza y la exclusión económica y social? ¿Cómo avanzar en concretar para cada país la rica tradición del Magisterio de la Iglesia tanto en el ámbito del Magisterio Universal como de las orientaciones eclesiales latinoamericanas?

- c) En *lo cultural*, la tensión entre un creciente estar expuestos a mensajes y narraciones de los otros y la búsqueda de espacios y formas de autonomía y expresión propias. Tensión entre una tendencia a la selección funcional de conocimientos y la aspiración a la creatividad sustantiva. Tensión entre una cultura cosmopolita ilustrada y la exclusión de nuestras culturas originales.

En una palabra, tensión entre la *subjetividad* de la persona humana y de los pueblos, como lo denomina Juan Pablo II en *Laborem Exercens y Sollicitudo Rei Socialis*, y los imperativos de *racionalización* de la vida y de la convivencia humanas. La resolución de las tensiones enumeradas más arriba y la de los desafíos éticos que ellas traen consigo replantea hoy, a nuestro servicio universitario, el tema de su **lugar**, el **desde dónde** deseamos realizar nuestro oficio. Ello tiene que ver con el viejo ideario de **universalidad** que subtiende a la idea de *Universidad*. Bien sabemos que esta universalidad no es una categoría numérica ni geopolítica sino que apunta directamente a un modo de estar en el mundo a una perspectiva sobre la realidad y la historia que orienta el sentir, el pensar y el actuar.

De Jesús hemos aprendido que el punto de perspectiva de la universalidad cristiana tiene forma de Cruz es decir, de *sufriamiento inocente libremente asumido y por ello principio de vida plena*. Nuestro ser y nuestra misión como académicos y estudiantes universitarios cristianos y, en forma particular, de nuestras Universidades católicas o de inspiración cristiana no se ubica, pues, en zona neutral; es una ser y una misión que toma partido por la persona humana en toda su integridad.

La “preocupación ética” para un cristiano tiene como fundamento la persona, el mensaje y la práctica de Jesús. Por este motivo, ella no se reduce a la elaboración y difusión de un elenco valórico de buena y racional convivencia, aunque ello sea necesario y urgente, sino que posee un **más** que le es propio y característico. Hoy día, con frecuencia, se nos pide desde los ámbitos del poder que “moralicemos” la sociedad. A veces esta demanda parece apuntar a que nos hagamos cargo de corregir con la predicación de valores morales lo que es consecuencia de una lógica convivencia generadora de inhumanidad. El Evangelio de Jesús es **más** que eso.

Concluyendo

Deseo concluir señalando que las tareas que tenemos por delante, si bien son inmensas, también son entusiasmantes. Ellas nos invitan a superar cierto desencanto que, con frecuencia, tiende a apoderarse del mundo universitario debido al cansancio y escepticismo de una parte del mundo académico muchas veces confundido por la magnitud y rapidez de los cambios que vivimos, a la sobrecarga de preocupaciones administrativas y financieras, etc. Los umbrales que estamos transitando pueden constituir una oportunidad de renovación y revitalización de nuestra vocación universitaria al servicio del ser humano en su complejo camino de humanización.

El mundo universitario debe ser capaz de responder a las demandas de la sociedad y de la cultura. Para ello, debe ser capaz de generar conocimiento y de transmitirlo a la sociedad. El mundo universitario debe ser capaz de generar conocimiento y de transmitirlo a la sociedad. El mundo universitario debe ser capaz de generar conocimiento y de transmitirlo a la sociedad. El mundo universitario debe ser capaz de generar conocimiento y de transmitirlo a la sociedad.

El mundo universitario debe ser capaz de generar conocimiento y de transmitirlo a la sociedad. El mundo universitario debe ser capaz de generar conocimiento y de transmitirlo a la sociedad. El mundo universitario debe ser capaz de generar conocimiento y de transmitirlo a la sociedad. El mundo universitario debe ser capaz de generar conocimiento y de transmitirlo a la sociedad.

El mundo universitario debe ser capaz de generar conocimiento y de transmitirlo a la sociedad. El mundo universitario debe ser capaz de generar conocimiento y de transmitirlo a la sociedad. El mundo universitario debe ser capaz de generar conocimiento y de transmitirlo a la sociedad. El mundo universitario debe ser capaz de generar conocimiento y de transmitirlo a la sociedad.